

Miradas de mujer

ORACIÓN POR LA MUJER LATINOAMERICANA

Jorge E. Suárez *

* Responsable de la actividad pastoral de la Iglesia Presbiteriana Reformada en Cuba, en Taguasco, Sancti Spíritus y colaborador del Programa de Reflexión-Formación Socioteológica y Pastoral del CMMLK.

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar la misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4,14-16)

Estamos celebrando el día de oración por la mujer latinoamericana, y agradecemos a Dios por la presencia de todas y todos para que podamos tener en nuestro corazón a tantas mujeres que sufren marginación y exclusión, violencia, enfermedades o necesidad.

El texto que hoy se nos propone para la liturgia está en la Carta a los Hebreos. Por mucho tiempo se le atribuyó la autoría de esta carta al Apóstol Pablo, luego se supo que por la fecha de su escritura, alrededor del año 100 d.C, es la carta líder de la era post apostólica, bajo las influencias de la comunidades fundadas por Pablo

Vayamos por un momento a la sociedad de Jesús de Nazaret y recordemos su idiosincrasia como judío donde se practicaba la observancia rigurosa de la Ley, que llevaba a la exclusión, entre otros grupos, los de los más pobres, los enfermos, los ancianos, los niños y las mujeres.

Pablo fue formado también en el judaísmo observante y militante de la rigurosa Ley. El sumo sacerdote, a pesar de sus problemas y defectos personales era el personaje sagrado que amparaba al pueblo del castigo merecido por sus pecados. El pueblo no necesitaba solamente un gobernante, sino también un abogado ante Dios. Tal como la tradición lo había dispuesto desde Aarón, hermano de Moisés.

Con esta imagen del sumo sacerdote el autor o los autores del libro pretenden demostrar y dar fe de que perseveremos en el amor, en la unidad de los miembros de la iglesia; exhortar, animar y confortar a las comunidades que, en aquel momento, vivían en el anonimato, aterrorizadas y perseguidas por el poder romano.

¿Hoy cuáles son nuestros temores? ¿Cuáles son nuestros miedos? ¿En qué aspectos de nuestra vida personal, social o cristiana necesitamos que se nos exhorte, anime y conforte? ¿Cómo mujeres cristianas de este tiempo dónde tenemos puesta nuestra mirada y nuestro corazón?

Muchos son los temores y miedos que hoy padecen las mujeres; por eso necesitamos que se nos exhorte, anime y conforte pues son abundantes los problemas del diario vivir.

El texto nos dice: «tenemos un sumo sacerdote, mantengámonos en la fe que profesamos, el no queda indiferente ante nuestras debilidades». Jesús es el verdadero sumo sacerdote, es decir, el mediador, y camino entre Dios y los seres humanos. Él es el santificador, salvador y mediador de la nueva alianza.

Mujeres y hombres hemos vivido eternamente buscando los defectos y problemáticas en las otras y los otros para tener el elemento diferenciador, divisor; y es ahí donde nace, donde está la raíz de la exclusión, de la marginación, de la explotación. El sólo hecho de sentirnos superiores a alguien o a un grupo nos da derecho a decir: «no ese no es de los nuestros» o «ese es del mundo». En el mejor de los casos si existe alguien o un grupo diferente, en preferencia sexual, gustos musicales, forma de vestir, decimos que es un extravagante o resulta antibíblico lo que están haciendo.

Las mujeres están expuestas a doble explotación en la mayoría de las ocasiones: la que sufren por parte de la sociedad por tener que ser trabajadoras, madres, hermanas, hijas, esposas así como la que reciben de parte de sus semejantes, hombres y también mujeres que se sienten con la capacidad de rechazarlas. Todas las mujeres tienen las mismas capacidades y las mismas posibilidades, de la misma forma que los hombres. No hay mitos ni leyendas, «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó». (Génesis 1, 27).

La Carta a los Hebreos nos impela a no tener miedo de sentirnos diferentes, de pensar a contracorriente. Nos convoca a que nos liberemos de prejuicios y tabúes, a que abogemos por la verdadera libertad; no aquella que extraemos de un libro o decimos para complacer a alguien sino para hacer lo que decimos, leemos y escuchamos como una filosofía de vida que sea capaz de sembrar, cultivar y recoger los frutos en nuestra vida por siempre. Y para eso tenemos a Jesús como sumo sacerdote quien sufrió nuestras mismas penas, nuestros mismos dolores, nuestras mismas tribulaciones pero nunca fue indiferente ante nuestras debilidades. Podemos acercarnos a Él con confianza que el siempre nos recibirá con bondad, sabrá escucharnos y acompañarnos.

Hoy la América Latina, nuestro continente, fruto de tantos mestizajes, padece la exclusión, la marginación y la pobreza. Pero son las mujeres quienes la sufren más profundamente. Cuántas veces nos preguntamos si desde nuestras iglesias promovemos la liberación desde lo personal, desde lo espiritual para saber luego cómo enfrentar los males que nos aquejan. Para eso hace falta una verdadera conversión, un verdadero encuentro con Jesús, con el Jesús que caminó al lado de los pobres, al lado de los enfermos, al lado de las prostitutas, al lado de los que históricamente han sido despreciados por la sociedad. Pero para tener un verdadero encuentro

con Jesús tenemos que cambiar las imágenes de Dios que por fuerza de la tradición nos han inculcado. Para tener una nueva visión sobre las personas y las cosas que nos rodean, para acabar con la pobreza, no la que se lleva por fuera sino la del espíritu, para terminar con la exclusión, con el rechazo, con el racismo, con la homofobia, con la violencia, con el estereotipo sexual con que es vista la mujer y con su rol de reproductora, tenemos que tener una nueva comprensión de Dios, una nueva imagen de ese Dios amoroso, vivo y eterno que proclamamos con nuestros labios.

Las mujeres siempre estuvieron presentes en el movimiento de Jesús y en la naciente y creciente Iglesia. Actuaban en pie de igualdad al lado de los hombres. La práctica de compartir las cosas en las iglesias domésticas devenían señales vivas del Reino presente en medio de la humanidad. De esta forma se transformaban en fermento, en levadura y luz para el mundo, subvirtiendo las relaciones opresivas de la sociedad de la época. ¿Hoy, con nuestro testimonio, también podemos subvertir el sistema patriarcal al que hemos estado sometidos, hemos heredado desde la antigüedad o seguimos dando motivos para que continúe perpetuándose?

En nuestra experiencia con Jesús tenemos que descubrir todo lo que esclaviza a las personas, todo lo que las aparta. Y para evitar eso debemos construir otra manera en que las personas puedan relacionarse en la vida de las iglesias de hoy. No podemos ni debemos reproducir modelos de dominación.

Vivamos nuevas relaciones sustentadas en la libertad, el amor, el respeto; vivamos proclamando un nuevo Dios, un nuevo Jesús que intercede por nosotros, está en todas nuestras debilidades, podemos ir ante él con confianza porque siempre nos va a recibir. Él no practicó, ni practica, ni practicará el rechazo, la exclusión, la violencia. Delante de él no somos ni mujeres ni hombres, sino uno en Cristo. No busquemos lo que nos divide, sino lo que nos une. Ese era el sueño de Jesús para las comunidades, el compromiso de una vivencia en la igualdad radical, donde todas las diferencias hayan sido superadas. «para que sean uno, así como nosotros». (Juan 17,11).

El compromiso de Jesús es eterno, inmutable, eficaz, completo y su realización está en poner en colectivo su autoridad. Ese poder mediador participativo de la comunidad que se llama «sacerdocio santo y real» o «reino de sacerdotes y nación santa» (1 Pedro 2, 5 y 9), el sacerdocio universal de los creyentes. Dios se revela todos los días en la comunidad, en la fe compartida, en el amor repartido entre mujeres, hombres y con toda la creación. Amén.